

ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA

3.



SUSCRICION

Num. III

Año I

NÚMEROS SUELTOS

Semestre. . . 3 Ptas.

Año. 5'50 id.

Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.

ESCUDILLERS 5, 7 y 9

Barcelona

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 23 Setiembre 1886

10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.

De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costume en

España

Núm. suelto 10 cent. de peseta

*

Núm. suelto 10 cent. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LAMINAS

PIMIENTA

No es necesario decir que es del señor Llovera la lamina de nuestra primera página. Tiene este distinguido pintor inspiración tan propia y estilo tan peculiar, signos indubitables que revelan al verdadero artista, que no ha menester firmar sus obras para que se conozca su paternidad. Toda la picaresca donosura de nuestras trigüñas mozas del Mediodía, está contenido en el garboso tipo de la «Pimienta», que parece dispuesta á romper una cañita de manzanilla y á palmoear una petenera. Por poco que se mire la lámina se siente el cosquilleo que producen las hermosuras picantes, y acude á los labios el característico «¡Ole! ¡viva tu madre!»

IDILIO

En la gruta de Versailles, rica en joyas de arte, se encuentra en mármol el original de esta estatua, que es objeto de estudio de todos los que cultivan el divino arte de Fidias.

REVISTA COMERCIAL

Para depurar los grados de cultura de una nación, examinan unos las obras científicas y literarias que produce, otros las fábricas que mueve, otros las yugadas que cultiva, otros las naves que envía por los mares; más yo que tengo mi especial manera de ver las cosas, me atengo á estadística más prosaica. Creyendo firmemente en el refrán que dice «dime lo que comes, y te diré quién eres,» estudio la alimentación de los pueblos para saber el estado de su adelanto.

Porque yo me hago esta filosófica reflexión: Las naciones se componen de individuos; cada individuo está formado por un organismo, que es motor de las determinaciones del ánimo; y como el organismo funciona con debilidad ó con brío según sean las materias que concurran á su nutrición, estas materias, cuales fueren, al causar pujanza ó desfallecimiento en el individuo obrarán los mismos efectos en el cuerpo social si en la mayoría de los ciudadanos se asimila.

El estómago es el gran generador en esta complicada maquinaria que se llama cuerpo humano. No calentéis el generador, y la máquina dejará de funcionar. Pero elevadlo á altas temperaturas, y veréis que rudos y descompasados movimientos produce. La mujer aficionada á la empalagosa dulzura de las golosinas mira con asco el zurcido y el fogón; el hombre dado á los ardores del alcohol desconoce el orden y la moderación.

Probado tengo por larga experiencia, que en el corazón predominan sentimientos amorosos, místicos, ó bélicos, según sean los manjares que á uno le han servido en la mesa. Observado hé, que naciones ó pueblos, ó familias de una misma sangre y de una misma complexión y habitadoras en un mismo clima, difieren en costum-

bres, en aficiones y en cultura, sólo porque difieren en las materias de consumo. Y aún he notado, que un individuo ó un pueblo cambió radicalmente de caracter y hasta de ideas, al cambiar de alimentos. Esto me da la clave de la historia. Así es que en las dulces cebollas de Egipto encuentro explicada la reincidente idolatría de los hijos de Jacob; en los mal cocidos tasajos de toro que comían los guerreros de Ajax veo justificada, como por testigos presenciales, la tenacidad de los griegos en pelear durante diez años al pié de los muros de Troya; las naranjas de Andalucía me dicen de la irrupción sarracena más que la *Historia* del Padre Juan de Mariana; las legumbres de Cincinnati, y las murenas de Caracalla me hablan de las glorias y las lascivias romanas con sin igual elocuencia; los picadillos que empezó a gustar Luis XIV y perfeccionó Luis XV denuncian con más vehemencia que la candente pluma de los enciclopedistas, los males que aquejaban á Francia en el siglo XVIII, como el hatchis y el opio expresan de clarísimo modo las molicies y la languidez del Oriente.

El estudio detenido de una estadística comercial, es el mejor medio para conocer en qué términos de progreso se halla esta ó aquella nación. ¿Predominan en el consumo de un pueblo las materias grasientas? Pues es inútil buscar sabios en él. ¿Predominan las féculas? Pues renunciad á encontrar héroes. ¿Predomina el pescado? Pues, ¡adiós! santos.

El gran general que venció en la guerra franco-prusiana, no fué el anciano Moltke que derrotó al impetuoso Bourbaki, sino el caldo de guisantes de Berlín que probó su superioridad á las trufas de Versailles.

El consumo de aguardiente de garbanzos y de carne salada, no dará ciertamente matices de hermosura al rostro, pero en cambio enarbolará siempre la bandera roja y amarilla sobre los muros de Tetuán. A fuer de patriota opino que nos bebamos los españoles nuestro aguardiente y nos comamos nuestros garbanzos y nuestras ricas salazones humeándolas con humo de buen tabaco, si es que deseamos mantener incólume la fama tradicional de esforzados, y dejemos que allá se aquiloten el cerebro y se desgasten los huesos fumando hojas de parra y bebiendo *schops*, los que al ofrecernos plaza para nuestras producciones quieren abrir sangría, no sólo para inocularnos su decrepitud avanzada, sino para extraernos el último resto de virilidad que nos queda.

RICARDO SEIJAS LOZANO.

HISTORIA DE UNA PASION

POR

Pedro Huguet y Campaná

(Continuación)

Copudos y altos árboles
mirándose en el río,
formaban densa bóveda
contra el rigor de estío:
en ellos suaves cánticos
lanzaba el ruiseñor
sirviéndole de música
del céfiro el rumor.
Las aguas deslizábanse
sobre tupida alfombra;
brillaban luces fulgidas
entre la tibia sombra;
susurros melancólicos
sonaban por doquier,
y el corazón estático
se henchía de placer.
Allí en las horas cálidas
mi libre pensamiento,
alzaba el vuelo intrépido
al claro firmamento:
y de astros coronándose
volaba sin cesar,
por las regiones poéticas
de un celestial soñar.
En catarata mágica
veía en mi locura
pasar ante mí imágenes
radiantes de hermosura:
creía un crujir áspero
que era de un beso el són,
y sentía en mi espíritu
extraña desazón.
Herida por insólito
aguijonear mi alma,
buscaba allá en lo incógnito
ventura, amor y calma:
y en el delirio férvido
de tanto fantasear,
amaba á un ser fantástico...
tan sólo para amar.

III

Mi loca fantasía,
robóme el sueño un día;
con agitado pecho
el angustioso lecho
de súbito dejé;
y ansiando las primeras
caricias lisonjeras
del aura perfumada
que juega en la enramada,
al campo me lancé.
Bordaba la mañana
de cárdeno y de grana
los limpios horizontes
cortados por los montes,
y á trechos por el mar.
Tras sofocante noche
la flor su lindo broche
abría de olor rico,
los pájaros su pico,
sus senos el pinar.
Las candidas neblinas
plegaban sus cortinas,
en las ingentes penas,
y en las punzantes breñas,
cual vaporoso chal.

Por mis ardientes poros
sus múltiples tesoros
de aroma y de frescura
vertía la natura
en pródigo raudal.
Rumores y armonía
doquiera apercibía;
aquí un suave murmullo,
allí un vibrante arrullo,
ó el eco de un rabel.
Y el bronce solitario
del viejo campanario,
desparramando al viento
su jubiloso acento
llamaba al templo al fiel.
Humeaba allá en la aldea
la oscura chimenea,
y el can con su ladrido
al labrador dormido
porfiaba en despertar.
Llameaba el horizonte:
se purpuraba el monte;
la selva se inflamaba,
y el sol se levantaba
del seno de la mar.

(Se continuará)

LA CONFESION DE UNA REINA

(Conclusión)

Hubo un momento de pausa, durante el cual sólo se oyó el fatigoso roncar de la reina, el rugir de la tempestad y el chisporroteo de las dos antorchas que alumbraban la sala.

—Obispo,—exclamó al fin la reina;—júrasme que no tienes el dón de obrar milagros?

—Lo juro, señora, ante Dios.

—Pues ya que no me puedes ayudar á vivir, ayúdame á morir. A morir: ¿lo oyes bien? Mañana, ¡qué es mañana! dentro una hora quizá nada quede de mi voluntad soberana, y temo que Dios no me perdone la sangre que he vertido para asegurar la paz de mi reino.

—La misericordia de Dios es infinita, y es preciso aprovechar el espacio de vida que os queda para ganar la corona de los justos.

—Padre, ¡imposible! No hay perdón para mí.

—Un acto de contrición abre las puertas del cielo. ¡Reina, arrepentios!

Incorporóse lentamente Fredegunda y clavó sus ojos en los del obispo. ¡Ay! todavía era hermosa. Incorporada sobre el lecho, desabrochada la ropa y esparcidos los cabellos por los blancos hombros, parecía una estatua de mármol.

—¿Conque puede haber perdón para mí?—exclamó la reina.

—Arrepentios: el tiempo apremia. La muerte tiene quizá levantado el brazo sobre vos.

—Obispo, óyeme en confesión. Voy á pronunciar palabras terribles; pero ten en cuenta que los actos de los reyes no pueden juzgarse según las reglas ordinarias del resto de la humanidad. Lo que es un crimen en el vulgo, es á veces un acto de necesidad en un rey.

—En este momento no sois para mí la reina, sino una pecadora que reconoce sus faltas, las confiesa y se arrepiente,—repuso solemnemente el prelado.

Ante tan atrevida interrupción, la reina, que nunca permitió á nadie la más pequeña observación, tembló de cólera. Mas pronto le asaltaron pensamientos piadosos, y dijo:

—Que Dios me preste fuerzas para hablar, y á tí te las dé para escucharme.

—En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te bendigo,—dijo el obispo,—puesto que profesas la fe del concilio de Nicea y abominas de las falsas doctrinas de Arrio. Habla, hija mía: no es un mortal, sino el Espíritu Santo quien te oye.



Fredegunda bajó la cabeza y permaneció algunos instantes en recogimiento.

Al fin exclamó:

—Padre; yo no provengo de estirpe real.

Y una llamarada de rubor encendió su rostro.

—En la hora de la muerte todos los mortales somos iguales á los ojos de Dios.

—Aunque de humilde origen, sentía en mi corazón una voz secreta que me anunciaba un gran porvenir. No descansé hasta conseguir colocación cerca las hijas de la reina Audovera, esposa del rey Chilperico. Este me vió y me amó. Un día me dijo: «Si enviudase serías reina.» Aquella noche enviudó.

Gregorio se estremeció.

—Oh, padre! tranquilízate: no hubo derramamiento de sangre. Audovera acababa de dar á luz un niño. Cuando éste contaba nueve días, ella y yo le llevamos á la capilla, habiendo procurado yo que no estuviese presente la madre de Audovera, que debía apadrinar al recién nacido. «Reina,—dije;—sed vos misma la madrina de vuestro hijo.» El sacerdote, que yo había ganado á precio de oro, no advirtió á Audovera que, por el mero hecho de apadrinar un hijo de Chilperico, su matrimonio con éste se convertía en sacrilego, y, por lo tanto, quedaba disuelto. La ceremonia se verificó, y yo corri á buscar al rey.

—Ya no tenéis esposa, señor,—le dije;—y le conté mi estratagema.

—¡Muy bien!—contestó.—Audovera va á entrar sin demora en un convento: queda hecho el divorcio. Por fin podré casarme con la hermosa Galswintha, hermana de Brunehaut.»

—Efectivamente, padre; Chilperico me pospuso á la hija de Atanagildo, rey de España. Era hermosa y joven, y, por lo tanto, una poderosa rival... Un año mas tarde yo era reina de Francia. Se había encontrado á Galswintha muerta en la cama...

—¡Gran Dios! Misericordia para esta pecadora,—murmuró Gregorio.

—Sigiberto, rey de Austrasia, queriendo vengar la muerte de su hermana, declaró la guerra á Chilperico, y nos sitió en Tournay. Al cabo de algunos días fui su prisionera. Tenía yo dos fieles pajes, oriundos de Therruana. Les entregué dos puñales emponzoñados, y tres días después el ejército de Sigiberto se alejaba de Tournay, llevándose el cadáver de su rey atravesado por dos puñaladas. Luego Brunehaut, hermana de Galswintha, cayó en mi poder. La hice encerrar en un claustro de Ruan, donde todos los días se le azotaba, repitiendo estas palabras: «Toma eso, en nombre de la reina Fredegunda.»

Gregorio se ocultó el rostro con ambas manos.

—Chilperico tenía tres hijos de su primera mujer, los cuales debían, á la muerte de su padre, empuñar el cetro, en perjuicio de mis hijos. Y los tres murieron. ¿Qué más? El mismo Chilperico cayó asesinado á manos de Laudri, y yo me alcé con la regencia. Ya ves, obispo, que no merezco perdón.

—Continúa la confesión.

—¿Qué diré, si ya sabes lo demás? El asesinato del obispo Pretextato, que osó desobedecerme; el asesinato que, por medio de dos clérigos, intenté contra el rey de Austrasia, y contra Goutrán, rey de Borgoña; Goutrán, mi bienhechor, que me había protegido contra Childeberto, cuando yo no tenía otro reino ni otro asilo que la nave de una iglesia... Hé, ahí, todo.

Acabó de hablar, y clavó en el obispo sus ojos llenos de duda y desesperación. Entonces se irguió majestuosamente Gregorio, y acercándose al lecho, exclamó con voz solemne:

—Fredegunda: ¿te arrepientes de todo corazón?

—Me arrepiento.

—Estás resignada á cumplir la penitencia que el Espíritu Santo va á imponerte por mi boca?

—Me resigno.

—Pues oye y obedece: despójate de tus insignias rea-

les, manda que te coloquen sobre un lecho de ceniza, reúne la corte, á fin de que los testigos de tu poder y tus crímenes lo sean de tu humillación y arrepentimiento, y pídeles perdón de los escándalos que has causado.

—Te obedeceré.

—Además, júrame sobre los santos Evangelios que, si no mueres, si logras curar...

—¿Curar! ¿curar! ¿Luego aún hay esperanzas de salvación? ¿Luego no estoy irremisiblemente perdida? ¡Oh! ¡Haz ese milagro, y verás mi agradecimiento!

—Júrame que por el resto de tu vida te encerrarás en un convento, donde harás penitencia y llorarás tus crímenes.

—¿Yo en un convento? Obispo, ¿te has vendido á mis enemigos? ¡Oh, Gregorio, tú ignoras que aún tengo voz para ordenar que te corten la cabeza por traidor!

—Por la salvación de vuestra alma, arrepentíos. Ved que apenas os queda una hora de vida.

—Me arrepiento; pero no quiero el claustro: ¿lo oyes? Quiero morir como he vivido: reira de Soissons y de Lutecia.

Cogió el silbato de plata, silbó, y acudió un paje.

—Colocadme sobre un montón de ceniza, y dejad entrar libremente todo el mundo á palacio para oír el arrepentimiento de la reina Fredegunda que se muere.

Espectáculo terrible é imponente era ver á la reina tendida sobre ceniza á los pies del anciano obispo, á presencia de los cortesanos, guardias y servidumbre de palacio.

Algunas antorchas, clavadas en garfios, arrojaban su trémula luz sobre el desencajado rostro de la reina.

—Escuchad,—dijo ésta.—Pido perdón á Dios y á los hombres. La misericordia del mundo interceda para que obtenga la del cielo. Abrid las puertas de las cárceles, y dad, en nombre mío, libertad á los presos... ¿Estáis contentos, Gregorio?

El obispo cayó de rodillas, bendijo á la reina, y empezó la ceremonia de la extrema-unción. Cuando hubo terminado, se dirigió á la multitud que estaba arrodillada á su alrededor, y dijo:

—Hermanos míos, rezad el *De profundis*.

El alma de Fredegunda estaba ante el tribunal de Dios.

FÉLIX DAVÍN

MISCELANEA

En un sermón que predicaba un fraile sobre el sexto mandamiento, apostrofando con la mayor vehemencia á los que arrostrando la cólera divina se dejan arrastrar por el vicio de la impureza, decía:

—Y lo más extraño, hermanos míos, es que hagan lo mismo hombres casados con mujeres jóvenes y hermosas, que ya se daría por muy contento cualquiera de nosotros si le pertenecieran...

Oyendo un hombre muy poderoso, y de gran entendimiento, que un servil adulador le alababa exageradamente, se levantó y le dió un bofetón.

—¿Por qué me hiere usted?—preguntó el ofendido.

—Porque tú me muerdes, y la defensa es natural,—contestó el caballero.

A JULIA

Julia, si cuanto hiere en carne viva sangre sacase como fina espada, ¡cuánta lengua que limpia nos parece veríamos con asco ensangrentada! y también ¡cuánta sangre notaríamos en el rayo de luz de tu mirada!

PEDRO DEL ZARCO

Tip. DELLOS y Bosch, Sta. Monica, 2. Pasaje.

CARLOTA CORDAY

Maria Ana Carlota Corday D'Arman perteneciente á una noble familia de Normandía, nació en San Saturnin en el año 1768. Dotada de un corazón entusiasta, se enamoró de las doctrinas republicanas predicadas elocuentemente por los oradores de la Gironda. Pero la sangre con que manchaban á Francia los hombres del terror, llenó de patriótica indignación a su alma y juró vengar á las víctimas de los asesinos revolucionarios. Al efecto se dirigió á París, con intento de matar á Marat como al más implacable y cínico de aquellos verdugos. Entró en su casa pretextando que iba á delatarle una conspiración, y encontrando al monstruo metido en el baño, le partió el corazón de una puñalada. Fué presa y condenada á la guillotina, cuyo suplicio sufrió en 17 de Julio de 1793, admirando á París por su estremada hermosura, su heroico valor y su austera virtud.

Mme. MAINTENON

En la cárcel de la Conserjería de Niort, donde estaba preso su padre, nació en 1635, Francisca d'Aubigné que más tarde se llamó marquesa de Maintenon. Vivió los primeros años de su juventud tan triste y pobremente, que se tuvo por dichosa de casarse con el poeta Scarrón, que sobre ser de edad muy avanzada, estaba completamente baldado. Cuando quedó viuda de éste, volvió á la miseria. Se disponía á partir para Portugal, acompañando á la princesa de Nemours, cuando por recomendación de madama Montespán, querida de Luis XIV, obtuvo un cargo en la Corte. No tardó el rey en prendarse de la hermosa viuda, que acabó por eclipsar completamente la estrella de la Montespán. Rápidamente subió al colmo del favor, y de tal suerte encadenó la voluntad del rey, que cuando éste quedó viudo en 1683, casóse secretamente con la marquesa de Maintenon.

En 1719 y en el retiro de Saint-Cyr, murió la viuda de Luis XIV.

MAGDALENA

A orillas del lago de Genesareth, en Galilea, se levantaba el castillo de Magdalo, donde vivía una mujer que por su hermosura era asombro de cuantos la veían, y por su libertinaje, escándalo de la comarca.

Pero la palabra de Jesús llegó á sus oídos, y la gran pecadora de Magdalo, libre de los siete demonios de que estaba poseída, se convirtió en la humilde penitente que hoy venera la Iglesia con el nombre de Santa Magdalena.

Desde el día que vendió todas sus ricas joyas para comprar el precioso ungiendo que derramó á los pies de Jesús, hasta que éste exhaló en el Calvario el espíritu, siguió María Magdalena constantemente sus pasos.

Muerto Jesús, se dirigió con la Virgen y San Juan á Efeso, donde dejó de existir en el año 90 de la Era cristiana. Sus restos están depositados en la iglesia de San Juan de Letrán, en Roma.

LAURA

Laura de Noves, célebre por su hermosura y por el purísimo amor que inspiró á Petrarca, nació en 1308. A los diecisiete años de edad casóse con el noble caballero Hugo de Sade, de cuyo matrimonio tuvo nueve hijos. Vióla el gran poeta italiano en la iglesia de Santa Clara de Aviñón, el día de lunes santo, 6 Abril de 1327, y se enamoró hasta el delirio de su belleza.

En odas y sonetos impercederos cantó Petrarca á su casto amor, alcanzando con esto Laura tanto renombre, que los extranjeros se dirijían espresamente á Aviñón para visitar la mujer que había inspirado aquella profunda pasión. Laura fué siempre modelo de esposas, á pesar de las inmensas amarguras que le proporcionaba el carácter sombrío de su marido.

Murió víctima de una peste, á la edad de cuarenta años, en el mismo día, mes y hora en que Petrarca la vió por vez primera.

Mme. STAEL

La más célebre escritora del siglo XVIII nació en París el día 22 de Abril de 1766, y se llamó Ana Luisa Germana, baronesa de Staël-Holstein, tomando este apellido de su esposo.

Dícese de ella que nunca fué niña, y siempre fué joven. Era hija del famoso hacendista Necker, con el cual cooperó en importantes trabajos. A la edad de quince años comentó el «Espíritu de las Leyes» de Montesquieu, y en el decurso de su vida compuso innumerables obras, entre las cuales descuellan sus famosas «Cartas de Alemania» y su popular estudio artístico «Corina». Agitadísima fué su existencia por los combates que libró contra la Revolución francesa, viéndose obligada á vivir en las cortes extranjeras. Reusó los ofrecimientos que le hizo Napoleón I para decidirla á defender su trono, y murió en 14 de Julio de 1817, habiendo tenido la satisfacción de ver restaurada en Francia la monarquía legítima, que le indemnizó espléndidamente sus notables trabajos.

LUCRECIA

Esta ilustre romana, hija de Lucrecio Tricipitino, y esposa de Tarquino Colatino, inspiró con su belleza una pasión criminal á Sexto, hijo del rey Tarquino el soberbio, el cual, habiéndose una noche introducido furtivamente en la habitación de la virtuosísima matrona, aprovechando la ausencia de Colatino, la obligó á sucumbir á sus brutales deseos, con la amenaza de que si se resistía la degollaría y mataría luego á un esclavo, colocando el cadáver de éste en el lecho de Lucrecia. Al siguiente día la ultrajada dama envió á buscar a su padre y á su esposo, que llegaron con varios amigos, ante los cuales contó Lucrecia el hecho infame de que había sido víctima. Acabado el relato sacó un puñal que llevaba escondido y se lo clavó en el corazón, pidiendo venganza. Este trágico suceso ocurrió en el año 509 antes de Jesucristo, y fué la causa de la destrucción de la monarquía en Roma.

QUEVEDO

Este escritor nació en Madrid por el año de 1580. Conocedor del árabe, hebreo, italiano y francés, versadísimo en medicina y teología, en cuya ciencia se había graduado á la edad de quince años, gran jurisperito, moralista profundo, político habilísimo, prosista sin rival y celebrísimo poeta, tal se mostró D. Francisco de Quevedo de Villerga, durante su accidentada vida. Un duelo que riñó con un poderoso caballero le obligó á ir á Sicilia acompañando al duque de Osuna, de quien fué áulico y secretario. A la caída de su protector fué preso, tardando tres años en recobrar la libertad, para ser desterrado á la Torre de Juan Abad, de que era señor. Murió en 1645.

Este escritor ingeniosísimo al cual se atribuyen innumerables rasgos de humor, merece ser más estudiado en sus admirables tratados ascéticos que en sus poesías y obras satíricas, escritas sólo por mero pasatiempo y en los días de la juventud.

GHIBERTI

Lorenzo Ghiberti, célebre escultor florentino, nació en 1378. Contaba veintidos años, cuando se presentó al concurso abierto en Florencia para la ejecución de una de las puertas de bronce que decoran el baptisterio de la iglesia de San Juan, y venció á todos sus competidores, entre los cuales se contaban los más ilustres artistas de Italia. Veintitún años empleó Ghiberti en la realización de su obra, concluida la cual se le encargó la ejecución de otra puerta mucho más rica para sustituir á la que anteriormente había esculturado para la entrada principal el famoso Andrés de Pisa. Este nuevo trabajo le tuvo ocupado durante dieciocho años, produciendo con él una de las más ricas joyas de arte que en el día es dado contemplar.

Además de estos trabajos enriqueció Ghiberti á Florencia con innumerables esculturas en bronce, estatuas y bajos relieves.

Murió en 1456.

VALERO

D. José Valero es la última estrella próxima á eclipsarse de aquella brillante pléyade de artistas dramáticos que á principios del segundo tercio de este siglo eran gloria de la escena española. ¿Quién no conoce á Valero? ¿Quién no le ha admirado y aplaudido en alguna de sus hermosas creaciones? ¿Quién no ha llorado con él, en el Simón de «La Aldea de San Lorenzo», ó en el Andrés de «La Carajada», ó en el Yorich del «Drama Nuevo»? ¿Quién no se ha sentido fascinado por Luis XI, por Ricardo D'Arlington, por el Campanero de San Pablo ó por el Patriarca del Turia?

Valero, digno sucesor de Julián Romea, y maestro de toda una generación de artistas, no pertenece á la escuela de los actores efectistas. Bástale una mirada, bástale un gesto, bástale el más leve movimiento, para levantar tempestad de aplausos. Es de los actores que sienten mejor qué dicen, y hacen sentir más bien que recrean.

EDISSON

El nombre de este célebre inventor norte-americano, gloria de los Estados Unidos, se ha hecho popular en todas las regiones del orbe desde que, con sus grandes descubrimientos sobre la electricidad, ha dado excepcional impulso al progreso humano. Hijo de familia indigente pasó los primeros años de su vida en la mayor miseria é ignorancia, viéndose obligado á vender periódicos por las calles para no morir de hambre. A su fuerza de voluntad, y al poder de su genio, noblemente secundado por la generosa protección con que el pueblo norte-americano dispensa á los hombres de talento, debe cuanto es y vale. Si hubiese nacido en España, Edissón habría muerto ignorado en un hospital ó en un manicomio. Nació en la libre República de los Estados Unidos, y goza en vida de una celebridad universal y de una fortuna inmensa, y gozará después de muerto la inmortalidad debida al inventor del teléfono y del fonógrafo y de tantas otras especulaciones científicas.

AGUSTÍN FRESNEL

Tras largos años de estudio y lucha, el sabio físico cuyo nombre es Fresnel, según unos, Dufresnel según otros, consiguió ver realizado el objeto de sus vigilias. Arrancó á la electricidad uno de los secretos que con más empeño se obstinaba en mantener ocultos, y encendió los faros, esas estrellas polares que signan al navegante las hospitalarias playas. Merced al invento de Fresnel, el mar perdió mucho de su terror, y el hombre ha podido utilizar el fuego del rayo para ceñirlo á las fachadas de los palacios como rutilantes arcadas de estrellas.

Los antiguos químicos y físicos se afanaban inútilmente buscando en las retortas y crisoles de sus laboratorios la piedra filosofal, ó sease el secreto de fabricar oro, y eso que siempre fué tenido por desvario, lo ha encontrado la moderna ciencia, no persiguiendo la producción de aquel codiciado metal, sino desentrañando las maravillas y portentos que la naturaleza encierra.

GRAVINA

Algunos han supuesto que este insigne marino era hijo natural de Carlos III. Nació en Nápoles, el año 1747, de donde pasó á España para hacer sus primeras armas contra los moros de Argel, bajo las órdenes del célebre y temido almirante catalán Barceló. Su despejado talento y su extraordinaria bravura le proporcionaron rápidos y merecidos aumentos en la carrera. Pero la inmortalidad que rodea su nombre la ganó en 1805, en las aguas de Trafalgar, mandando la armada española que, aliada con la francesa, presentó combate á la escuadra del famoso Nelson. Su genio y su valor maravillosamente secundados por todos los jefes de la flota española, hubieran derrotado la arrogancia de los ingleses, si la cobardía del francés Villeneuve no hubiese hecho estéril el heroísmo de nuestros marineros.

Nelson murió en el combate, y Gravina cayó gravemente herido, falleciendo en el mes de Enero de 1806.

